

deza pasada y mi presente situacion, y entregándome al embeleso de una ilusion afectuosa, hacía que las teclas expresasen mis suspiros. Solía acompañar sus sonidos melancólicos con los de mi voz debilitada por los contratiempos, y mi familia atenta interrumpía solo con sollozos estas lamentables cantinelas.

ROMANCE DE MARÍA ANTONIETA.

¿Quién alivia de mi vida
Los pesares y tormentos?
¿Quién puede de mi triste alma
Mitigar el desconsuelo?
Tú, cuya adorada imagen
Vive y respira en mi pecho,
Y me hace hallar la dicha
En este lóbrego encierro.
Cuando tus reales manos
Cargaron los viles hierros,
Del rigor de tu mal hado
¿Te quejaste acaso al cielo?
Víctima de los tiranos,

Supiste con tu denuedo,
Recibiendo muerte heroica,
Trocar el cadalso en templo.
Y yo, tu fiel compañera,
¿Por mi suerte estoy gimiendo?
¿Tendré á deshonra el suplicio,
Al mirar tu ilustre ejemplo?
No: mi corazon constante
Merecerá eterno aprecio,
Y nunca de tus verdugos
Besaré sumisa el cetro.

Al tender sobre esta cárcel
La noche su triste velo,
Haz que mi espíritu ansioso
Recobre el dulce sosiego:
Muéstrame tu amada imagen;
Y absorta, el fingido acento
De tus labios escuchando,
Mi dicha hallaré de nuevo.

Luis, ampara á los tuyos
Desde ese celeste asiento;
Pues tu hija, esposa y hermana
Claman por un niño tierno,
Que á pesar de los tiranos
Que la Francia oprimen fieros,
Es aun nuestra esperanza,
Y será nuestro consuelo.

Sí, mi hijo iba creciendo para re-

parar los desastres de su pais, y yo, llevada del cariño maternal, me desvelaba, cual ayó cuidadoso, en formar un caudillo digno del estado. La aplicacion y docilidad de mi hijo me alentaban á continuar en mi empeño, y su aprovecha miento y sus luces lo recompensaban suficientemente. ¡Con cuánta satisfaccion y esperanza estaba yo contemplando, cómo medraba á mi vista y al abrigo de mis brazos, aquella planta querida y preciosa, de que pendía en mi concepto la suerte del imperio y el honor de nuestra casa! Tú serás el vástago precioso, le decía estrechándole en mi seno, que realzará los timbres de tus dos linages. La Europa entera está esperando un hombre grande: sólo tú, y constitúyete el redentor político que corte los lazos de esa esclavitud vergonzosa, en que la sedicion ha puesto á la Francia. Clodoveo, Cárlos Martel,

Carlomagno, san Luis, Enrique iv y Luis xiv, te están mirando con ojos paternales, y te abrigarán con sus alas protectoras. Si peleas, vencerás; y en cambio de la vida que me debes, devolverás á tu madre el honor y la tranquilidad.

Para infundir á este niño los sentimientos útiles y las nobles propensiones de que esperábamos tantas ventajas, resolvimos mi hermana y yo, tributar á la autoridad real, que segun las leyes antiguas de la monarquía residía en su persona, toda la veneracion que tan augusta magistratura impone de derecho y de costumbre. Y á fin de formar con demostraciones religiosas el ánimo y el corazon de mi hijo, y para arraigar en su entendimiento los deberes y prerogativas de la dignidad, á que le encumbraba su nacimiento, y de la que se veía privado, como iba-

mos á manifestarle, por los acontecimientos ; quería yo que un aparato magestuoso, y en cuanto fuese dable, la pompa de una ceremonia le recordase para siempre la memoria de su coronacion. Pero la situacion deplorable á que estábamos reducidas, imposibilitaba el cumplimiento de tan justos deseos. Nuestras relaciones con Vd. y con sus amigos estaban cortadas, y de cuantos al parecer se habían interesado en la suerte de Luis xvi durante su vida, ya solo veíamos á Michonis y á Toulan, que por su ministerio venían algunas veces al Temple; y aun este, por ser sospechoso á la municipalidad, estaba siempre fiscalizado por un compañero que no se apartaba de su lado.

Michonis era el único que me quedaba, y como hacía tiempo que estaba enterada de su carácter y su corazón, podía manifestarle con toda

confianza mis intenciones. Mostróseme muy gozoso, pues aunque no es hombre para idear cosas grandes ni concebir proyectos sublimes, se acerca á lo ménos con ellos, los abraza con entusiasmo, y los desempeña con actividad. Nunca olvidaré el cariño que me está acreditando de continuo; pero mi hijo olvidará todavía ménos el que le demostró con pruebas tan terminantes en aquella ocasion memorable y peligrosa. En efecto, no solo se encargó de reunir y traernos pieza por pieza cuanto era necesario para la celebracion de la solemnidad, sinó que se valió de todos los arbitrios y practicó todas las diligencias, para que no quedando reducida á una vana representacion, acompañase á la magnificencia ostentosa que podía impresionar á mi hijo, la realidad de los misterios que debían hacerla legitima y verdadera.

Nos faltaba para esto un prelado, que al valor de haber resistido á las innovaciones cismáticas, añadiese el de presidir á esta augusta, pero espuesta funcion. En esto hubo muchas dificultades, que la presencia de Vd. hubiera sin duda allanado, y que por fin logró superar el estremado zelo de Michonis. Había averiguado que á pocas leguas de Paris y en el rincon de una quinta desconocida, el obispo de Saint *****, despues de haberse salvado de las turbulencias de setiembre, estaba sosegadamente esperando el término de las conmociones públicas y el principio del buen orden. Fué á avistarse con este prelado, al cual por informe suyo había yo escrito al intento estrechándole sobre manera; y uniéndose en el corazon de aquel siervo de Dios la voz de la religion con el afecto á la sangre de su rey, aceptó

como enviado del Todopoderoso, el encargo que yo requería de su zelo, y se aplazó el dia para desempeñarlo.

Con arreglo al ceremonial prescrito por el señor de Saint*****, un ayuno de ocho dias, acompañado de oraciones particulares y de instrucciones diarias, había preparado á mi hijo para recibir de manos de la Iglesia la consagracion del poder, que Dios y la nacion francesa han colocado en su familia. Su tia y yo, despues de haberle instruido en las obligaciones de un monarca, empezábamos á irle habituando al respeto que imponen los de esta gerarquía á cuantos los rodean. Su hermana no le trataba ya con aquella familiaridad afectuosa, que la naturaleza y la sangre infunden á los niños; y yo misma me veía inmediata á hablarle, no tanto como madre que idolatra á su hijo, sinó en términos de reina que reverencia á su rey.

Efecto lastimoso de la grandeza! ; cuán caro haces pagar el encumbramiento á que remontas á tus privados, puesto que no pueden gozarlo, sinó desentendiéndose de las caricias de la sangre y de los halagos de la naturaleza!

Al anochecer de la víspera del día que debía restituir un rey á la Francia, hicimos que el Delfin se acostase, para que pudiésemos disponer nuestros preparativos con mayor desahogo, y para que al despertar como particular, se encontrase de repente con la magnificencia ostentosa del solio.

Tocaron á retiro, y los carceleros marcharon, segun costumbre, á descansar, escepto un llavero, á quien Michonis había tenido que hacer en parte su confidente, el cual no se maliciaba que el abrir la puerta á un municipal, como á veces sucedía, tuviese otro objeto que el de mitigar, con las

visitas secretas y conversaciones amistosas, el tedio de nuestro largo cautiverio.

En ménos de una hora mi cuarto, adornado por mis manos, quedó transformado en capilla, en medio de la cual colocamos una grande mesa en forma de altar. Un tapiz de seda encarnado y blanco, colores apropiados á la potestad soberana, tendido con grandes pliegues por la pared, venía á reunirse en el centro del techo bajo un cortinaje guarnecido de una franja de oro. En el altar, adornado por el mismo gusto, había una cruz roja, que centelleaba con un sinnúmero de luces. A la derecha pusimos en una mesita, cubierta con un tapete vistoso, el libro de los Evangelios, abierto en el que se lee en la consagracion de los reyes; el cetro real, la mano de la justicia, una espada desenvainada, y la venda misteriosa, que

fué siempre el primer símbolo de la soberanía. A la izquierda en otra mesita había una urna sepulcral, alumbrada por una lámpara lúgubre, y cubierta con crespon; y sobre ella una corona de estrellas radiantes. En el altar estaba un cuadro con el escudo de Francia, cercado por una nubecilla.

Mi hermana, mi hija y yo estábamos enlutadas, como correspondía á nuestra situacion y á la magestad dolorosa de la ceremonia, que se estaba preparando.

Como á media noche, cierto rumor lejano nos avisó la llegada del celebrante. Entró acompañado de Michonis y de Toulan, que se mostraron sobrecogidos con el espectáculo que se ofrecía á su vista; pero el prelado, sin mas razones que las indispensables para el desempeño de su ministerio, se revistió de los ornamentos pontificales. Preparado ya to-

do, nos requirió en nombre del Dios de las naciones y de los ejércitos, que fuésemos á despertar y traer ante el ara sacrosanta al *Delfín*.

Su hermana postrada delante del monumento de su padre, imploraba la divina misericordia, mientras Isabel y yo entramos en la torrecilla, en que estaba durmiendo tranquilamente. Al contemplar sus facciones serenas y espresivas, y al reflexionar en las circunstancias que le habían puesto en aquella situacion, sentí mis ojos bañados en lágrimas. Duermes, decía yo en mi interior, á pesar de los sayones que se desvelan por tu ruina, á pesar de los satélites desaforados que cercan tu lecho, á pesar de los cerrojos que te encarcelan; y estás disfrutando, con la quietud de tu espíritu y la inocencia de tu edad, el alivio del sueño. Venimos sin embargo á arrebatarte de tu plácido

embeleso, para sentarte en un trono: para tu dicha y la de tu pueblo van á cenirte nuestras manos la diadema. ¡No permita el cielo que se frustren nuestras esperanzas y nuestros deseos! ¡Ojalá aleje de ti las desgracias, que al parecer está anunciando cuanto te rodea; y siendo mas tiempo monarca, seas ménos desventurado que tu padre! — Llorábamos mi hermana y yo amargamente, cuando de improvise en un arrebató de cariño y de dolor me inclino hacia el rostro de mi hijo, y lo baño entre mil besos con mis lágrimas. Despiértase algun tanto sobrecogido, y luego, alargándome sus manos, desvanece con sus abrazos mis temores, y corresponde á mis halagos. Su fortaleza me comunicó la que me faltaba, y empecé á sentir que mi alma se engrandecía y se realizaba con la perspectiva de ir á ser en realidad madre de un rey. Con la ilusion del orgullo y

de la ternura, le estaba ya viendo en medio de una corte brillante, dictando sus sabios decretos desde un solio conservado por mis desvelos. En aquel punto le participé su nuevo destino, y le exhorté á merecerlo; á lo que se me mostró agradecido, pero de un modo que parecía indicar estaba persuadido de que restituyéndole el trono, no hacían mas que satisfacerle una deuda. Su vestidura lúgubre se trocó en otra, cuya blancura correspondía con su inocencia; la rubia cabellera le ondeaba por los hombros, y acompañado de su madre y su tia, entró en la capilla con recogimiento, descubriéndose en su exterior apacible algunos asomos de gozo y de altanería.

El venerable prelado estaba esperando su llegada, para dar principio á los santos misterios, y empezó su celebracion, recordando á nuestros ánimos, y ofreciendo al supremo Hacedor.

dor la memoria de mi ilustre y desventurado esposo. Nuestros suspiros acompañaron los votos del sacerdote, y nuestras lágrimas se mezclaron con sus oraciones. Interrumpióse el sacrificio para santificar con el ceremonial eclesiástico la dignidad de mi hijo. Presentado por su madre y sostenido por su hermana, se acercó al altar y se arrodilló con acatamiento; y el prelado despues de dichas las oraciones, á las que respondían en voz baja el consagrado y los asistentes, hizo los signos de rúbrica, y las abluciones necesarias, y ungió al Delfin con los óleos sagrados. Al paso que mi hijo los recibía, el ministro le iba revistiendo con los ornamentos reales, y en fin despues de haberle ceñido las sienes con la diadema, le dirigió estas palabras:

«Príncipe, en nombre y en presencia del Dios vivo, y por voluntad espresa de vuestra madre la reina, os

confiero de parte de la Iglesia la consagracion de una dignidad, que el nacimiento, las leyes de la monarquía y la voluntad pública os han trasmitido. Nunca os valgáis de ella sinó para la felicidad de vuestros súbditos, para que prosperen las virtudes cristianas, y para vuestra propia gloria. La Providencia, que sin duda os tiene reservado el mayor encumbramiento, ha dispuesto que recibieseis la corona en el mismo sitio, en que el rey vuestro padre perdió la suya. Príncipe, ahí está vuestro trono, y aquí su túmulo: al mismo tiempo que subís al uno, oíd la voz que sale del otro, pues es la de una sombra por siempre amada. Hijo mio, os está clamando, procura ser realmente mi heredero y mi digno sucesor, empleando tu poder en arraigar la felicidad. La he legado á mi pueblo, y como ejecutor de mi testamento, debes cumplir con este

encargo. Ten cuidado de precaver los males con cautela y mansedumbre; ataja los abusos sin acaloramiento, y castiga los delitos sin enojo. Reverencia, hijo mio, ama, apadrina y premia la virtud, que modesta y desconocida suele morar en las chozas, mas bien que en los palacios. Afánate en buscarla, y su hallazgo será el galardón de tu trabajo. Huye de los aduladores, para que no emponzoñen tu juventud ni estraguen tu inocencia. Desecha léjos de ti á los que te inciten á la venganza y á la injusticia. Sé indulgente con los descuidos; clemente, cuando tú solo seas el agraviado; y moderado en tus palabras, en tu conducta y hasta en tus pensamientos. Dedicar un día á la justicia; pero consagra lo restante de tu vida á la benignidad. »

» Príncipe, este es el libro sagrado de los Evangelios, sobre el cual vais á articular el juramento de hacer feliz

al pueblo. Aquí está el cetro, que no debe levantarse sinó en nombre de las leyes y por el bien comun. Esta es la mano de la justicia que lo acompaña de continuo, para manifestar que la potestad soberana de nada sirve sin la equidad. Aquí está la diadema augusta, símbolo peculiar de la primera magistratura, que imprime en vuestras sienes un carácter sacramental é indeleble. En fin, aquí está la espada, que no se debe desenvainar sinó contra los enemigos interiores y exteriores del estado: ;que los escarmiente, si puede ser, sin que los castigue, y sobre todo que esté siempre pronta para defender al hombre de bien! »

A estas palabras el prelado, despues de poner á mi hijo el tahalí, le llevó hacia un hueco de la capilla, y al abrirle, se presentó un asiento elevado, al cual subió el nuevo monarca. Apénas se sentó, el ministro se

postró á los piés de su rey; nosotras nos hincamos igualmente de rodillas, y desapareció la madre, convertida ya en vasalla. La nubecilla que oscurecía el escudo de lis, se desvaneció; el nombre de Luis xvii brilló en medio, y lo repitieron nuestras bocas. ¡Cuántas lágrimas de gozo derramé en aquella noche memorable! Ya madre feliz, olvidé que era esposa desdichada, pues el triunfo ilusorio del nuevo rey me consoló de las desgracias, sobrado reales, de su padre.

El señor de Saint **** iba á terminar la celebracion de los santos misterios; pero ántes de consumarlos, nos sobresaltó un estruendo confuso. El lance que sigue, parecería de novela en cualquiera relacion que no fuese la mia, y aun en esta no se hará muy verosímil; mas no por eso deja de ser muy cierto. El ruido se aumentaba y se venía acercando; y cuando abrie-

ron el cancel exterior de mi cuarto, nos agolpamos al rededor del rey. Empujaron la última puerta, y con una sorpresa indecible reconocí que venía con un empleado municipal el perseguidor sempiterno de nuestro linage, el infame duque de Orleans.

A su aspecto me abalanzé al trono con ánimo de amparar á mi hijo; pero este había ya sacado su espada, resuelto á defenderme. Isabel se colocó con mi hija delante de nosotros, y el prelado y nuestros leales comisarios salieron al encuentro al duque para reconvenirle. Es mas fácil figurarse que describir, la espresion extraña y varia que reinaba en su fisonomía inmutada á un mismo tiempo por el asombro, el despecho, el furor, y por una especie de premeditacion horrorosa de odio, de venganza y de ferocidad.

Con el pasmo que le causó aquel es-

pectáculo inesperado, había enmudecido; y tendiendo acá y allá su espantosa vista, venía luego á fijarla en el nuevo monarca. Y pues, tirano, le dije, ¿le conoces? es mi hijo, único y legítimo heredero del rey que tú has sacrificado. A despecho de tus genízaros y verdugos, mi hijo respira y es rey. Sí, monstruo: tú has asesinado á Luis xvi; y si estás sediento de la sangre de otro rey, degüella también á este, porque es Luis xvii. Pero qué digo? no tendrás este bárbaro arrojo, pues el instante de su muerte sería el término de la tiranía. Seducido por tu fingido respeto á las leyes, y desaminado por el entusiasmo con que tú le embriagas, el pueblo que vió fenecer á mi esposo en un cadalso, le conceptúa reo; pero ¿puede acaso mirar como tal á un niño, que no ha conocido en su vida mas que las desdichas? Felipe, contempla este sitio,



Y pues, tirano, le dije. ¿le conoces? es mi hijo, único y legítimo heredero del rey que tú has sacrificado. Tom. III.º pag. 180.

que está lleno de tus maldades y de mis penas. Aquí fué, en este mismo cuarto, donde tu rey, destronado por tu alevosía, pasó largos dias de amargura; aunque debían de hacersele ménos dolorosos que á sus pérfidos cortesanos, supuesto que te hallabas entre ellos, atormentado por los remordimientos de tu conciencia. Ves esa silla? ahí es donde despues de haber battado en congojosos paseos con el tedio de sus reflexiones, solía tomar algun descanso, y se entregaba á las caricias de sus desventurados hijos. Ves esa mesa? sobre ella y casi dictándole yo, empezó ese testamento inmortal, que es un timbre para él y un borron para sus perseguidores. El te perdonaba, cruel, y ¡tú le has asesinado!... Te estremeces? tiembla mas y mas, inicuo, al contemplar esa urna funeral, monumento doloroso de la afliccion de su esposa, del cariño de

su hermana y de la piedad de sus hijos. ¿Sabes que encierra los mas preciosos recuerdos? Este es el postrer escrito suyo, y su última despedida: estos son cabellos suyos cortados por el verdugo, y recogidos por una mano leal: este es su retrato.... Felipe, míralo, si te atreves. Esas son sus facciones bondadosas, y esa es aquella boca, de donde salieron tantas palabras de clemencia y tan pocas de rigor. Pero hoy se desentona contra ti: usurpador, te dice, he podido perdonarte mi muerte; pero nunca el robo que estás haciendo á mi hijo. Este hijo es rey por el poder de Dios y por la voluntad del pueblo: baja del trono, deja que lo ocupe tu monarca, y póstrate en su presencia. —

El duque despavorido quiso contestarme, y sus labios tartamudearon algunas palabras; pero de modo que no pudieron oirse. Salgamos, dijo á

su guia, dirigiendo á mi hijo y á mi una mirada horrorosa. Ya solos, Toulan no quiso encubrirnos la nueva tempestad que nos habíamos acarreado; pero al paso que crecía el peligro, iba creciendo tambien nuestro esfuerzo, y el prelado no nos dejó sin haber deramado sobre nosotros, con las bendiciones del cielo, la esperanza que consuela, y la fortaleza que sostiene.

El dia siguiente, á poco de haberse levantado el rey, el comisario de guardia me entregó una carta, cuyo contenido es el siguiente.